



COMENTARIO MACARTHUR

DEL ANTIGUO TESTAMENTO

ZACARÍAS

JOHN MACARTHUR

“Dios nos regenera y nos santifica mediante su Palabra, de manera que podemos estar agradecidos por esta serie de comentarios en la que se estudian y se explican las palabras de la Escritura con tanto cuidado”.

THOMAS R. SCHREINER
The Southern Baptist Theological Seminary

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
ANTIGUO
TESTAMENTO

ZACARÍAS

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Zechariah*, Copyright © 2023 por John MacArthur. Publicado en inglés por The Master's Seminary Press y the MacArthur Publishing Group. Traducido con permiso.

Edición en español: *Comentario MacArthur del Antiguo Testamento: Zacarías* © 2025 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Edición en español publicada con permiso y en cooperación con The Master's Academy International.

Traducción: Rodrigo Hinojosa

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5087-7 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6357-0 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-6358-7 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 34 33 32 31 30 29 28 27 26 25

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

Prólogo	7
Introducción	9
1. El arrepentimiento: El prerrequisito para la bendición (Zac. 1:1-6) . . .	19
2. Una lección práctica para el presente (Zac. 1:7)	29
3. La primera visión nocturna, primera parte: Dios está activo (Zac. 1:8-13)	33
4. La primera visión nocturna, segunda parte: Dios es fiel (Zac. 1:14-17) .	42
5. La segunda visión nocturna: Dios se acuerda de las naciones (Zac. 1:18-21)	49
6. La tercera visión nocturna, primera parte: Dios se acuerda de Israel (Zac. 2:1-5)	54
7. La tercera visión nocturna, segunda parte: Huye del mundo (Zac. 2:6-9)	62
8. La tercera visión nocturna, tercera parte: Cánticos y silencio (Zac. 2:10-13)	67
9. La cuarta visión nocturna, primera parte: La obra sacerdotal del Mesías (Zac. 3:1-5)	74
10. La cuarta visión nocturna, segunda parte: La relación de Dios con Israel (Zac. 3:6-7)	83
11. La cuarta visión nocturna, tercera parte: El Mesías Sacerdote y Rey (Zac. 3:8-10)	90
12. La quinta visión nocturna, primera parte: La luz del mundo (Zac. 4:1-3)	97
13. La quinta visión nocturna, segunda parte: No con fuerza, sino con mi Espíritu (Zac. 4:4-10)	102
14. La quinta visión nocturna, tercera parte: El Mesías Rey y Sacerdote (Zac. 4:11-14)	109
15. La sexta visión nocturna: Dios ejecuta el pacto (Zac. 5:1-4)	114
16. La séptima visión nocturna: Dios se acuerda de su plan para las naciones (Zac. 5:5-11)	120
17. La octava visión nocturna: Dios se acuerda de implementar su plan (Zac. 6:1-8)	126
18. La coronación del rey venidero (Zac. 6:9-15)	133
19. Ritual contra realidad (Zac. 7:1-14)	141
20. Un anticipo del reino futuro (Zac. 8:1-8)	153
21. Fidelidad presente con miras a las promesas futuras (Zac. 8:9-17) . . .	162
22. Del ayuno al banquete (Zac. 8:18-23)	171
23. Un relato de conquistas (Zac. 9:1-8)	178
24. El conquistador supremo (Zac. 9:9-10)	187
25. El compromiso de Dios con su pueblo (Zac. 9:11-17)	193
26. Los sustitutos falsos y el pastor verdadero (Zac. 10:1-5)	201

27. El poder del Mesías para salvar (Zac. 10:6-12)	210
28. El pastor rechazado (Zac. 11:1-14)	219
29. El pastor falso (Zac. 11:15-17)	233
30. La liberación final de Israel: La salvación física (Zac. 12:1-9)	239
31. La liberación final de Israel: La salvación espiritual (Zac. 12:10-14) . . .	249
32. La purificación de Israel (Zac. 13:1-9)	255
33. El día del regreso de Jehová (Zac. 14:1-8)	264
34. La gloria de Cristo en su reino (Zac. 14:9-21)	273
Bibliografía	285

Prólogo

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará. (Sal. 1:1-3)

Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos. (Jer. 15:16)

Recorrer cada versículo del Nuevo Testamento en mi predicación y escribir el *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento* durante el último medio siglo ha sido para mí una dádiva incomparable de la gracia divina que me ha permitido vivir en la bienaventuranza de Salmos 1:1-3 y en el gozo de Jeremías 15:16. Cuando pensé en continuar la serie de comentarios hacia el Antiguo Testamento, supe que quería comenzar con el libro de Zacarías. Escrito para consolar a Israel tras el regreso del remanente de su cautiverio en Babilonia, el mensaje de Zacarías tiene por objetivo garantizar a los israelitas que sobrevivieron el destierro que, aunque la nación remanente era pequeña y débil, el Señor no había abandonado a su pueblo ni alterado sus promesas. Él estaba haciendo avanzar activamente su plan para cumplir todas las promesas que había hecho a Israel y le reveló al profeta sus intenciones para la historia y el futuro de Israel.

Más de cinco siglos antes del nacimiento de Jesús, Zacarías predijo la llegada de Alejandro Magno (Zac. 9:1-7), la destrucción de Jerusalén a manos de los romanos (11:1-9) y la tiranía futura del anticristo (11:15-17). El profeta también detalló la batalla de Armagedón (12:1-9; 14:1-5), la purificación de Israel (12:10; 13:1-9) y el reino milenario de Cristo (Zac. 13-14). Repleto de visiones, profecías, señales y terminología gráfica, esta revelación profética sigue el curso de la historia hasta su clímax, cuando Cristo reine sobre la tierra desde su trono en Jerusalén. El nombre “Zacarías” significa “Jehová se acuerda” y, a lo largo de la revelación que dio a este profeta, Dios confirmó a Israel que cumpliría su Palabra y que nunca se olvidaría de sus promesas.

Para resaltar el enfoque del plan de Dios en la historia de la redención, fue necesario que Zacarías estuviera repleto de profecías sobre el Mesías. Este Mesías, el Señor Jesucristo, es la figura central de la revelación del profeta. Cuando Zacarías recibió su primera visión, el ángel de Jehová (el Cristo preencarnado, la segunda Persona de la Trinidad) reveló el plan de Dios para Israel (1:8-11). Más adelante, Zacarías recibió una visión de cómo el ángel de Jehová removía la iniquidad del sumo sacerdote Josué (3:4). Zacarías reveló a Cristo en su primera venida, predijo su entrada a Jerusalén sobre un pollino (9:9), su traición por treinta piezas

de plata (11:12) y finalmente su muerte sacrificial (12:10). Zacarías reveló a Cristo en su segunda venida y describió el regreso del Señor al monte de los Olivos (14:4) y el establecimiento de su reino sobre la tierra (14:9). En un momento en el futuro, Israel se volverá a Dios (12:10-14). El Señor dirá: “Pueblo mío” e Israel responderá: “Jehová es mi Dios” (13:9). Entonces, se cumplirán las palabras de Pablo: “Todo Israel será salvo” (Ro. 11:26).

Cualquier escatología que no tome en cuenta la profecía de Zacarías está incompleta o errada. Fue ese requisito lo que me motivó a predicar de forma expositiva este libro hace cuarenta años y a ofrecer una interpretación y exposición precisas de la revelación divina que se encuentra en estos pasajes tan notables. Me gozo en colaborar con Abner Chou, Iosif Zhakevich y Nathan Busenitz para producir un comentario que abarca el texto palabra por palabra y que es fiel al ideal de la predicación expositiva: desatar la verdad de Dios un versículo a la vez. Estamos todos agradecidos por la asistencia de Karl Walker, Stephanie Blood, Marco Bartholomae, Anastasia Prinzing y Audrey Welch en este proyecto.

Aunque el comentario se presenta de forma llana, está basado en una exégesis rigurosa del texto hebreo original. La intención es entender el mensaje y la teología del texto con exactitud, precisión y claridad. Aunque todas las secciones tienen un formato y un título pensados para ayudar al predicador, el comentario está diseñado para que todos los creyentes lo lean y lo apliquen para su bendición y gozo personales. Se considera a Zacarías uno de los libros más difíciles de interpretar en el Antiguo Testamento. En reconocimiento de esto, nos abocamos a la tarea de este estudio con oración y humildad.

La meta es una: magnificar a nuestro Señor Jesucristo y exaltar su nombre por sobre todo nombre.

¡Soli Deo gloria!

Introducción

Al igual que su contemporáneo, Hageo, Zacarías predicó a los israelitas que habían regresado de Babilonia a Judá para edificar la casa de Dios y restaurar el culto adecuado en Jerusalén. A medida que el pueblo comenzó a reconstruir la ciudad y el templo, se enfrentaron con dificultades formidables. El pueblo que había regresado a Judá era poco en número (Esd. 2:64-65) y la ciudad de Jerusalén había sido destruida por completo (Esd. 4:12-16; Hag. 1:4; Neh. 1:3; 2:5). No solo estaban en ruinas la ciudad y el templo (Esd. 3:8-13; 5; Hag. 1:4), sino que también la oposición era fuerte (Esd. 4:1-24). Estos obstáculos abrumadores tentaron al pueblo de Israel a cuestionar la fidelidad de Dios hacia la nación y la integridad de las promesas que Él había hecho a sus antepasados en repetidas ocasiones. Ellos se preguntaban cómo obtener el favor del Señor (Zac. 7:3, 5; 8:19) y hasta si valía la pena edificar la casa de Dios, en especial porque los resultados de sus esfuerzos parecían tan pobres e inferiores comparados con la belleza del primer templo (Hag. 2:3-4; Zac. 8:9). Todas estas preguntas descorazonaron al pueblo, hasta el punto en que se distrajeron y se volvieron apáticos. Desilusionados, se volvieron de edificar la casa de Dios a edificar casas para sí (Hag. 1:4).

Cuando el pueblo, desanimado, abandonó su responsabilidad de participar en el plan de Dios, el Señor levantó a Hageo y a Zacarías para enfrentar a la nación e instarlos a retomar la construcción del templo. Hageo reprendió directamente a Israel por alterar sus prioridades (Hag. 1:1-15) y les recordó que Dios sería fiel en usar sus esfuerzos para gloria de Él (2:1-23). Zacarías continuó con la misma exhortación y guio al pueblo a reconocer lo que el Señor planeaba hacer a favor de Israel durante ese tiempo y también en el futuro. Estas revelaciones divinas tenían la intención de motivar a Israel a renovar el esfuerzo de reedificar el templo y de restaurar el culto. En el corazón de aquella labor, el Señor llamó a su pueblo a arrepentirse (Zac. 1:1-3), a andar en santidad (2:6-7), a huir del ritualismo (7:5), a obedecer con valor (8:9-23) y, al tiempo, a colocar su esperanza únicamente en el Mesías venidero (10:1-12).

Aunque Zacarías habló a una audiencia específica en su época, reveló verdades relevantes para todo el pueblo de Dios a lo largo de la historia. Sus profecías predijeron eventos que se cumplieron en su propia época (siglo VI a. C.) y en los siglos subsiguientes hasta la primera venida de Cristo (siglo I d. C.). Zacarías también predijo lo que sucederá en el futuro, en el segundo advenimiento de Cristo. El objetivo supremo del profeta era dirigir la atención de todos los pueblos (judíos y gentiles) hacia el Mesías, mediante quien Dios liberaría de forma final y plena a su pueblo (Zac. 12:10; Ap. 1:7). Armado con esta esperanza, el remanente fiel de la época de Zacarías encontró la fuerza para perseverar. La misma esperanza sigue fortaleciendo a todos los santos a lo largo de la historia.

TÍTULO

El título “Zacarías”, que también es el nombre del profeta, significa “Jehová se acuerda”; esta es la realidad que subyace a este libro, tanto para la generación de la época de Zacarías como para todo el resto del pueblo de Dios. Jehová, el Dios de pactos de Israel, se acuerda de todas sus promesas y las cumplirá todas mediante su Hijo, el Mesías.

AUTOR

Conforme a las tradiciones judía y cristiana, el autor es el profeta de este nombre, Zacarías. En Zacarías 1:1, el profeta se presenta como “hijo de Berequías, hijo de Iddo”. Nacido en Babilonia, Zacarías regresó con los judíos del destierro a Judá bajo el liderazgo del gobernador Zorobabel y del sumo sacerdote Josué (Neh. 12:1, 16). Zacarías tiene una relación estrecha con su abuelo, Iddo, príncipe de los sacerdotes (12:1, 4); es llamado hijo suyo (Esd. 5:1; 6:14; Neh. 12:16) y evidentemente regresó con él de Babilonia a Judá (Neh. 12:1, 4, 16). Por esta razón, es factible que Berqueías, el padre de Zacarías, haya muerto joven (cp. Mt. 23:35).

Como se refiere a Zacarías como un “joven” (Zac. 2:4), es probable que haya sido de muy corta edad al inicio de su ministerio. Además de ser profeta, era también sacerdote (Neh. 12:1, 12-16). Su linaje sacerdotal aumenta su interés en la construcción del templo (Zac. 1:16; 4:1-10; 6:9-15) y su entusiasmo en la visión del sumo sacerdote Josué (3:5). La vida de Zacarías terminó cuando fue asesinado en el templo, entre el altar y el santuario (Mt. 23:35), de forma similar al asesinato de un Zacarías anterior (cp. 2 Cr. 24:20, 21).

FECHA

El libro data del 520 a. C., en el octavo mes del segundo año de Darío I (Zac. 1:1). Zacarías recibió revelaciones adicionales aproximadamente dos años más tarde, en el 518 a. C. (“en el año cuarto del rey Darío [...] a los cuatro días del mes noveno, que es Quisleu”; 7:1). No obstante, el ministerio de Zacarías continuó hasta mucho después, como lo reflejan los capítulos 9–14, que parecen representar un período posterior de su ministerio. Hay dos razones que sugieren una fecha posterior para los capítulos 9–14: primero, el estilo de redacción es diferente del de los capítulos anteriores (p. ej.: 1:1, 7 y 7:1 dicen: “vino palabra de Jehová al profeta Zacarías”; sin embargo, 9:1 y 12:1 dicen: “profecía de la palabra de Jehová”); segundo, las referencias a Grecia (9:13) presuponen una fecha entre el 480 a. C. y el 470 a. C. Aunque la duración exacta del ministerio de Zacarías es desconocida, parecería que este profetizó entre dos puntos cruciales de la historia que abarcaron un período de unos cincuenta años.

CONTEXTO HISTÓRICO

Zacarías comenzó a profetizar en el 520 a. C., después que los desterrados de Judá regresaron a su tierra y recibieron el mandato de Dios de reconstruir Jerusalén y

el templo. Sin embargo, el contexto histórico del libro hace referencia al tiempo en que los israelitas seguían en el destierro (cp. Zac. 7:2-5; 8:19) y aun antes de que la nación fuera llevada al cautiverio (cp. 1:1-6; 8:14). En tres campañas militares diferentes (605 a. C., 597 a. C. y 586 a. C.), Nabucodonosor llevó cautivos a los habitantes de Judá a Babilonia; esto culminó con la destrucción de Jerusalén en el 586 a. C. (cp. 2 R. 20:16-19; 24-25; 2 Cr. 36:6-21; Jer. 25:1-11; Dn. 1:1-2). Durante siete décadas, los habitantes de Judá estuvieron en el destierro, fuera de su tierra y lejos de la casa de Dios (cp. Jer. 25:11-12; 29:10; Dn. 9:1-2). Estos setenta años de cautividad cumplieron la promesa de Dios de castigar a los israelitas por su desobediencia y por su violación del pacto (Dt. 28:15-68; Lv. 26:14-46). Para marcar el desagrado de Dios, su gloria abandonó el templo y Jerusalén poco después del destierro de Judá (Ez. 10:4-5, 18-19).

En el 539 a. C., el Imperio persa conquistó Babilonia y obtuvo el dominio político del antiguo Cercano Oriente bajo el gobierno de Ciro el Grande (Is. 44:28; 45:1). Ciro promulgó un edicto que permitió a los desterrados judíos regresar a Judá y reedificar Jerusalén y el templo (Esd. 1:1-4; 2 Cr. 36:22-23; cp. Is. 44:28; 45:13; Esd. 6:1-5). En el 538 a. C., el primer grupo de judíos, que incluía a unas cincuenta mil personas, regresó bajo el liderazgo del gobernador Zorobabel y del sumo sacerdote Josué. Este grupo incluía a Hageo y a Zacarías (Esd. 1:1-4, 9-11; 2; Neh. 12:1, 16). Poco tiempo después (ca. 536 a. C.), los judíos que regresaron restauraron los sacrificios de los levitas (Esd. 3:1-6), echaron los cimientos del templo (3:8-13; 5:16) y comenzaron a reedificar (3:1-4:5). Pronto, enfrentaron retos y obstáculos que detuvieron los esfuerzos de reconstrucción. Las amenazas y hostilidades continuas de parte de los enemigos a su alrededor intimidaron al pueblo (4:1-7), que ya no sentía ánimos de perseverar en la ardua tarea (Hag. 1:2-4). Además de esto, el pueblo se dio cuenta de que el templo que reconstruían sería mucho más pequeño y menos impresionante que el de Salomón (Hag. 2:3; cp. Esd. 3:12-13). Como resultado de estos problemas, el trabajo en el templo se detuvo y permaneció sin terminar durante dieciséis años (Hag. 1-2; Esd. 4:24).

Para retomar la obra, Dios envió al profeta Hageo en el 520 a. C. (en el segundo año de Darío) para llamar al pueblo a terminar de edificar el templo (Esd. 5:1-2; 6:14; Hag. 1:1). Dos meses después que Hageo proclamó su mensaje de parte del Señor, Él envió a Zacarías para reiterar el mismo llamado (Esd. 5:1-2; 6:14; Zac. 1:1). Para animar al pueblo, Zacarías les reveló que su obra en el templo era un elemento crucial en el plan de Dios que culminaría en el reinado definitivo del Mesías en el reino milenar. El pueblo respondió al mensaje divino proclamado por Hageo y por Zacarías; el resultado fue que terminaron el templo en el 516 a. C., cuatro años después de haber reanudado los esfuerzos de reconstrucción (Esd. 6:15).

TEMAS

La profecía de Zacarías está caracterizada por ciertos elementos fundamentales, que incluyen los siguientes:

JEHOVÁ

El nombre “Jehová”, solo o dentro de títulos, aparece en 133 ocasiones en la profecía de Zacarías y domina la autodenominación de Dios en este libro. Jehová, el nombre personal y pactual de Dios, refleja su fidelidad, su amor y su relación con su pueblo (Éx. 3:14-16). Gracias a su amor pactual perpetuo, Dios anhela que Israel se arrepienta y se reconcilie con Él (Zac. 1:3, 16; 8:3; 10:6; 13:9; 14:9). Él se presenta como un protector celoso de Israel (1:14; 2:8, 9). El nombre Jehová (“Yo soy”) expresa la fidelidad siempre presente del Señor hacia Israel hasta el día en que Él habite de forma permanente en Jerusalén (1:16; 2:5, 10) y diga a Israel: “Pueblo mío” e Israel responda: “Jehová es mi Dios” (13:9). El nombre pactual de Dios se emplea para proclamar la fidelidad persistente del Señor, la realidad de que Él se acuerda de sus promesas y de que las cumplirá conforme a sus propósitos soberanos hasta el final de la historia.

El título “Jehová de los ejércitos”, la apelación favorita de Zacarías para referirse a Dios, aparece 53 veces en el libro. Aunque el título surge también en otros pasajes (cp. 2 S. 6:18; Sal. 84:12; Is. 39:5; Hag. 1:7), en Zacarías describe enfáticamente la actividad sobrenatural de Jehová de dirigir a los ejércitos celestiales para el cumplimiento de su plan (Zac. 1:7-16; 6:1-9). La fidelidad de Dios hace uso de todo el cielo para llevar a cabo su buena voluntad y propósito. Por lo tanto, las promesas de Jehová están respaldadas con toda la fuerza y la autoridad soberana del General de los ejércitos celestiales de ángeles. Así pues, la profecía de Zacarías repite con frecuencia alguna variación de la exclamación: “Vino a mí palabra de Jehová de los ejércitos” (p. ej.: 8:2, 4, 6, 7, 9, 14, 19, 20, 23).

“El ángel de Jehová”, que aparece en seis ocasiones en Zacarías, se identifica como Dios mismo (12:8) y es nada menos que la segunda Persona de la Trinidad (cp. 3:4, donde el ángel de Jehová quita las iniquidades de Josué), lo que refleja la Trinidad de Dios.

Las referencias a Jehová culminan en el último capítulo, donde el profeta revela que, un día, “Jehová será uno, y uno su nombre” (14:9b). Esta fue la intención de Dios desde el principio, como lo declaró Moisés en la *Shemá*: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Dt. 6:4). En última instancia, el mundo reconocerá que Dios es uno y que no comparte su gloria con nadie (Is. 42:8). Cuando Cristo regrese para juzgar a los malvados, redimir a Israel y a sus elegidos y establecer su reino terrenal, el mundo será conformado plenamente a la naturaleza de Él y todos profesarán que solo Jehová es Dios (cp. Fil. 2:9-11). Todo lo que el nombre de Jehová representa será manifestado en su totalidad y todos los redimidos lo adorarán (Zac. 14:11-21).

LA REMEMBRANZA

Un tema resonante a lo largo del libro está acentuado en el significado del nombre de Zacarías: “Jehová se acuerda”. El Señor no solo no se olvida de lo que ha declarado, sino que también cumplirá todas sus promesas (Dt. 4:31). Él purificará a Israel, restaurará Jerusalén, reedificará el templo y revelará su gloria al mundo (Zac. 2:1-13; 5:1-4). Tampoco dejará de cumplir sus promesas respecto a las naciones (1:18-21; 5:5-11).

Dios también se acuerda de sus planes para su Hijo (9:9), el Mesías (3:1–4:14; 6:9-15). Aunque, al principio, el Mesías sería traicionado (11:12; 13:7), finalmente será aceptado por una generación futura de judíos salvos (12:10–13:1). El Señor establecerá el reino terrenal del Mesías, en el que restringirá la muerte (8:4), garantizará la paz (8:5), transformará la tierra (14:6-8), exaltará a Jerusalén (14:10), someterá a las naciones (14:17-18), reedificará el templo (14:20) y hará que prevalezca la santidad (14:21). Tal como lo demuestra la profecía de Zacarías, Jehová no retarda sus promesas, sino que siempre está activo en su cumplimiento (1:7-17; 6:1-8). Con el glorioso refrán “Jehová se acuerda”, el profeta llama al lector a descansar en el Señor y a buscar esperanza solo en Él. Él es quien se acuerda de sus promesas para que su pueblo se acuerde de Él (10:9).

EL ARREPENTIMIENTO

Zacarías comienza con un llamado al arrepentimiento (Zac. 1:1-6, 16) y este tema continúa durante todo el libro (1:1-6, 16; 8:3; 9:12; 10:6, 10). Desde el principio, la mira está puesta en el final, cuando Israel se vuelva a Dios y el Señor devuelva su presencia gloriosa y sus bendiciones a Israel (1:3). Para Israel, el arrepentimiento incluía no solo un regreso físico y una restauración nacional a la tierra prometida, sino también el regreso espiritual al Señor (1:1-6; 2:6-7). El pueblo de Israel fue llamado a aceptar al Mesías, el ángel de Jehová enviado por Dios (4:9). Ellos no debían buscar sustitutos para este Buen Pastor (10:1-4). En lugar de depender de sus obras ritualistas (7:5), fueron llamados a deleitarse en las promesas de Dios (8:18) a medida que se deshacían del temor y de la apatía y comenzaban a reconstruir el templo en obediencia (1:16; 4:9; 8:9). Al llamar al pueblo al arrepentimiento, Zacarías reveló y anticipó un día futuro en el que “todo Israel” se volvería a Dios y sería salvo (12:10–13:1; Ro. 11:26).

EL TEMPLO (LA CASA DE JEHOVÁ)

La razón histórica e inmediata para la profecía de Zacarías fue llamar a Israel a perseverar en reedificar el templo en Jerusalén y demostrar así que Jehová se acordaba del lugar del templo en su plan. En el reino futuro, Jerusalén también será la ubicación del templo milenario (cp. Ez. 40–48) al que regresará la gloria de Dios y en el que el Señor mismo habitará con su pueblo redimido (Zac. 1:16; 2:5). Este templo escatológico será el epicentro del mundo, el pináculo terrenal que refleje la presencia de Jehová y la adoración a Él (2:10; 14:10, 16; cp. Is. 2:2-4). Dios derribará todas las casas pecaminosas de adoración rivales (Zac. 5:4) y la falsa religión (5:11), de manera que su casa y su gloria serán únicas. Desde aquel templo futuro, el Mesías reinará (6:12-13).

De manera que Zacarías reveló a los israelitas de su época que el humilde templo que construían anticipaba el futuro templo glorioso (4:4-14; cp. Hag. 2:9). Aunque otro templo sería destruido en el 70 d. C. (Zac. 11:1-3) y el templo milenario no será edificado hasta el regreso y reinado de Cristo por causa del rechazo de Israel hacia el Mesías (11:4-15; cp. Mt. 24:2), Zacarías alentó al pueblo con la noticia de que Dios quería que le edificaran casa en su ciudad como parte de su

plan. Esto es similar a la manera en que el Señor está edificando su iglesia visible y, por imperfecta que sea, sigue usándola como testimonio de su reino ante el mundo hasta aquel día en el futuro cuando sea perfeccionada en toda su gloria; así también el templo dio testimonio del gobierno de Dios en el mundo.

EL MESÍAS

El libro de Zacarías reverbera con la presencia del Mesías. El profeta mencionó la obra preencarnada de Cristo para hacer avanzar el plan de Dios para Israel (Zac. 1:8) y para interceder por la nación (1:12; 3:2). Zacarías predijo la primera venida de Cristo en humildad (9:9), su rechazo y traición por treinta piezas de plata (11:12-13) y su crucifixión y muerte definitivas por los pecados de su pueblo (12:10; 13:7). Zacarías también profetizó la segunda venida de Cristo como Rey de gloria (9:10), que reunirá a su pueblo (10:1-12), vencerá a los enemigos de Israel (10:4-7), purificará a sus elegidos (12:10-13:6), edificará el templo (6:12), se levantará victorioso sobre el monte de los Olivos (14:1-4), reinará como gobernante supremo (14:9) y recibirá adoración de todos los habitantes de la tierra (14:16).

Zacarías también reveló que el Mesías era el Buen Pastor verdadero, en contraste con los líderes corruptos de Israel, los pastores falsos. Mientras que el Pastor verdadero cuida de los suyos (11:4, 7, 9; 13:7), los falsos devoran y traicionan a su propia nación (10:2-3; 11:3, 5, 8, 15-17). En su primera venida, el Buen Pastor reprendería y destruiría a estos pastores falsos, es decir los sacerdotes, los ancianos y los escribas de Israel (11:8). Como Israel rechazó al Pastor verdadero (11:12-13), la nación caerá presa algún día del pastor falso definitivo, el anticristo (11:15-16). Sin embargo, el Mesías regresará para vencerlo y destruirlo (11:17), salvar a su rebaño física y espiritualmente (9:16), de manera que este embellezca en la tierra como testimonio de su amor, como el Buen Pastor (9:16-17).

Otro rol mesiánico que Zacarías enfatizó fue el de sacerdote y rey. Aunque ningún israelita podía asumir ambos oficios (2 Cr. 26:16-21), el Antiguo Testamento anticipó la venida de Uno según el orden de Melquisedec, el sacerdote y rey (Gn. 14; Sal. 110). Dios reveló que su Hijo fusionaría en sí mismo estos dos oficios (Zac. 3:5; 4:11-14; 6:11-13) para redimir a su pueblo como su sacerdote y reinar sobre ellos como su rey. Como Sacerdote y Rey, Cristo lograría lo que ningún rey ni sacerdote meramente humano podía lograr. Él traería la reconciliación entre Dios y el hombre y establecería una paz y justicia perfectas sobre la tierra (6:13).

EL REINO MILENARIO

Como la tarea de Zacarías, impuesta por el cielo, era demostrar que la obra de Israel nunca fue en vano, este profetizó hasta la culminación del plan de Dios en el reino milenario. Zacarías reveló que este reino sería terrenal y culminante (Zac. 1:18-21). Jerusalén y el templo serían reconstruidos (1:16), la gloria de Dios regresaría a morar en medio de la ciudad (2:5) y Dios sería un muro de fuego en derredor de ella (2:5a). Cuando el Mesías establezca este reino terrenal, Jerusalén será conocida como la Ciudad de la Verdad (8:3).

En aquel tiempo, el Mesías purificará a su pueblo (3:1-5; 13:1-5) y el Señor llamará a Israel “Pueblo mío” e Israel exclamará: “Jehová es mi Dios” (13:9; cp. 8:8). Poblado inicialmente solo con israelitas redimidos, este reino será gobernado por líderes competentes (10:4-6) y por sacerdotes que conducirán al pueblo de Dios en adoración verdadera (3:7). Junto con el Israel justificado, los gentiles regenerados también entrarán al reino y adorarán a Jehová (8:20-23). En específico, se reunirán en Israel al menos una vez al año para celebrar la fiesta de los tabernáculos (14:16). El reinado del Mesías establecerá una paz mundial (14:11) a medida que judíos y gentiles se unen para adorar a Jehová (8:23; cp. Mt. 25:31-46).

El reino milenario será parte de la creación renovada, en la que habrá una nueva luz (Zac. 14:6-7) y una nueva topografía (14:8). El Señor presentará el reposo edénico (3:10), de manera que tanto la muerte como la maldición sobre la creación tendrán grandes limitaciones (8:4). Jerusalén estará llena de personas (ancianas y jóvenes) que habitan en paz y seguridad (8:4-5; cp. Is. 65:20). Muchas cosas que actualmente parecen rutinarias o hasta impuras serán consagradas a Jehová (Zac. 14:20-21).

En el centro de este reino milenario, estará el Rey supremo: el Señor Jesucristo. El reino comenzará con su instauración a medida que el mundo celebra sus logros en la historia de la redención (6:9-15). Él será el único Rey sobre toda la tierra (14:9) y todos los pueblos le rendirán adoración (14:16).

PROPÓSITO

Dios envió a Zacarías para proclamar que Jehová se acordaba de su pacto con Israel y que lo cumpliría por medio del Mesías; por lo tanto, los habitantes de Judá debían ser fieles a Dios y seguir reconstruyendo el templo como parte del testimonio de Él al mundo. En lugar de sucumbir ante sus dudas y miedos, debían buscar al Señor y aferrarse a sus promesas a medida que lo adoraban con pureza y exclusividad y respondían a sus mandamientos con obediencia y valentía, mientras esperaban la llegada del Mesías y su reino de salvación.

BOSQUEJO

1. El arrepentimiento: El prerrequisito para la bendición (1:1-6)
 - a. El llamado al arrepentimiento (1:1-3)
 - b. Las consecuencias de la rebelión (1:4-6)
2. Una lección práctica para el presente (1:7)
 - a. Persistencia en la obra de Dios (1:7a)
 - b. Perseverancia en medio de las pruebas (1:7b)
 - c. Perspectiva de que Dios se acuerda (1:7c)
3. La primera visión nocturna, primera parte: Dios está activo (1:8-13)
 - a. El Señor no ha dejado de obrar (1:8)
 - b. El conocimiento del Señor es preciso (1:9-11)
 - c. La defensa del Señor es personal (1:12-13)
4. La primera visión nocturna, segunda parte: Dios es fiel (1:14-17)
 - a. Fidelidad en el compromiso (1:14)

- b. Fidelidad en la condenación (1:15)
- c. Fidelidad en la compasión (1:16)
- d. Fidelidad en la culminación (1:17)
- 5. La segunda visión nocturna: Dios se acuerda de las naciones (1:18-21)
 - a. Los cuernos (1:18-19)
 - b. Los carpinteros (1:20-21)
- 6. La tercera visión nocturna, primera parte: Dios se acuerda de Israel (2:1-5)
 - a. Una promesa mensurable: Jerusalén será reedificada (2:1-2)
 - b. Una promesa inmensurable: Jerusalén sobreabundará con gloria (2:3-5)
- 7. La tercera visión nocturna, segunda parte: Huye del mundo (2:6-9)
 - a. La exhortación (2:6-7)
 - b. La explicación (2:8-9)
- 8. La tercera visión nocturna, tercera parte: Cánticos y silencio (2:10-13)
 - a. El llamado a cantar (2:10-12)
 - b. El mandato de callar (2:13)
- 9. La cuarta visión nocturna, primera parte: La obra sacerdotal del Mesías (3:1-5)
 - a. La obra de intercesión (3:1-2)
 - b. La obra de imputación (3:3-5)
- 10. La cuarta visión nocturna, segunda parte: La relación de Dios con Israel (3:6-7)
 - a. La ordenanza de la adoración (3:6-7a)
 - b. La recompensa por la adoración (3:7b)
 - c. La relación en la adoración (3:7c)
- 11. La cuarta visión nocturna, tercera parte: El Mesías sacerdote y rey (3:8-10)
 - a. La importancia de Josué y de sus amigos (3:8a)
 - b. El servicio del Mesías Sacerdote y Rey (3:8b)
 - c. La supremacía del Mesías Sacerdote y Rey (3:9a)
 - d. La salvación del Mesías Sacerdote y Rey (3:9b)
 - e. El éxito del Mesías Sacerdote y Rey (3:10)
- 12. La quinta visión nocturna, primera parte: La luz del mundo (4:1-3)
 - a. El candelabro (4:1-2a)
 - b. La luz del mundo (4:2b-3)
- 13. La quinta visión nocturna, segunda parte: No con fuerza, sino con mi Espíritu (4:4-10)
 - a. El poder de Dios (4:4-7)
 - b. La ilustración de Cristo (4:8-10)
- 14. La quinta visión nocturna, tercera parte: El Mesías Rey y Sacerdote (4:11-14)
 - a. Los dos olivos (4:11-12)
 - b. Los dos oficios (4:13-14)
- 15. La sexta visión nocturna: Dios ejecuta el pacto (5:1-4)
 - a. Los criterios del juicio de Dios (5:1-2)
 - b. La totalidad del juicio de Dios (5:3)
 - c. La certeza del juicio de Dios (5:4)

16. La séptima visión nocturna: Dios se acuerda de su plan para las naciones (5:5-11)
 - a. La restricción soberana sobre la maldad del mundo (5:5-8)
 - b. El curso predeterminado de la maldad del mundo (5:9-11)
17. La octava visión nocturna: Dios se acuerda de implementar su plan (6:1-8)
 - a. Dios pone en marcha su plan (6:1-3)
 - b. Dios pone en marcha todas sus promesas (6:4-8)
18. La coronación del rey venidero (6:9-15)
 - a. La escena de la coronación (6:9-11)
 - b. El simbolismo de la coronación (6:12-13)
 - c. Los esfuerzos basados en la coronación (6:14-15)
19. Ritual contra realidad (7:1-14)
 - a. Un razonamiento ritualista (7:1-3)
 - b. Una adoración repulsiva (7:4-7)
 - c. Una obediencia real (7:8-10)
 - d. Las ramificaciones ruinosas (7:11-14)
20. Un anticipo del reino futuro (8:1-8)
 - a. El celo de Dios por su pueblo (8:1-2)
 - b. La morada de Dios con su pueblo (8:3)
 - c. La paz de Dios para su pueblo (8:4-5)
 - d. El poder de Dios para su pueblo (8:6)
 - e. El plan de Dios para su pueblo (8:7-8)
21. Fidelidad presente con miras a las promesas futuras (8:9-17)
 - a. Esfuércense en la obra de Dios (8:9)
 - b. Esfuércense en la gracia de Dios (8:10-12)
 - c. Esfuércense en las promesas de Dios (8:13-15)
 - d. Esfuércense en la verdad de Dios (8:16-17)
22. Del ayuno al banquete (8:18-23)
 - a. Del lamento a la alegría (8:18-19)
 - b. De enemigos a suplicantes (8:20-22)
 - c. De la humillación a la honra (8:23)
23. Un relato de conquistas (9:1-8)
 - a. Un juicio imparable (9:1-6)
 - b. Una gracia inmerecida (9:7)
 - c. Una protección infalible (9:8)
24. El conquistador supremo (9:9-10)
 - a. La humildad del Siervo Sufriente (9:9)
 - b. La honra del soberano supremo (9:10)
25. El compromiso de Dios con su pueblo (9:11-17)
 - a. El juramento del pacto de Dios (9:11)
 - b. Las promesas certeras de Dios (9:12-13)
 - c. El poder consumidor de Dios (9:14-17)
26. Los sustitutos falsos y el pastor verdadero (10:1-5)
 - a. El único sustentador (10:1)
 - b. Los sustitutos falsos (10:2-3)
 - c. El pastor verdadero (10:4-5)

27. El poder del Mesías para salvar (10:6-12)
 - a. La salvación física (10:6-7)
 - b. La salvación espiritual (10:8-9)
 - c. La salvación definitiva (10:10-12)
28. El pastor rechazado (11:1-14)
 - a. Los pastores engañosos: Destinados para destrucción (11:1-3)
 - b. Las ovejas afligidas: Destinadas a la matanza (11:4-6)
 - c. El verdadero pastor: Detestado y despreciado (11:7-12)
 - d. Las consecuencias terribles: Disciplinados por su desobediencia (11:13-14)
29. El pastor falso (11:15-17)
 - a. El carácter del pastor falso (11:15-16)
 - b. El colapso del pastor falso (11:17)
30. La liberación final de Israel: La salvación física (12:1-9)
 - a. Una declaración soberana (12:1)
 - b. Un desenlace sorprendente (12:2-3)
 - c. Un debilitamiento grave (12:4-5)
 - d. Una derrota aplastante (12:6-7)
 - e. Una defensa sobrenatural (12:8-9)
31. La liberación final de Israel: La salvación espiritual (12:10-14)
 - a. La fuente de la salvación de Israel (12:10a)
 - b. La tristeza por el pecado de Israel (12:10b)
 - c. La escala del arrepentimiento de Israel (12:11-14)
32. La purificación de Israel (13:1-9)
 - a. La promesa de la purificación (13:1-2)
 - b. La ilustración de la purificación (13:3-6)
 - c. El prerrequisito para la purificación (13:7)
 - d. El proceso de la purificación (13:8-9)
33. El día del regreso de Jehová (14:1-8)
 - a. Un día de ruina devastadora (14:1-2)
 - b. Un día de rescate dramático (14:3-5)
 - c. Un día de restauración divina (14:6-8)
34. La gloria de Cristo en su reino (14:9-21)
 - a. El mandato del Rey (14:9)
 - b. La capital del reino (14:10-11)
 - c. La derrota del enemigo (14:12-15)
 - d. La celebración del pueblo (14:16-19)
 - e. La consagración de Israel (14:20-21)

El arrepentimiento: El prerrequisito para la bendición

1

En el octavo mes del año segundo de Darío, vino palabra de Jehová al profeta Zacarías hijo de Berequías, hijo de Iddo, diciendo: Se enojó Jehová en gran manera contra vuestros padres. Diles, pues: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. No seáis como vuestros padres, a los cuales clamaron los primeros profetas, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos ahora de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras; y no atendieron, ni me escucharon, dice Jehová. Vuestros padres, ¿dónde están?; y los profetas, ¿han de vivir para siempre? Pero mis palabras y mis ordenanzas que mandé a mis siervos los profetas, ¿no alcanzaron a vuestros padres? Por eso volvieron ellos y dijeron: Como Jehová de los ejércitos pensó tratarnos conforme a nuestros caminos, y conforme a nuestras obras, así lo hizo con nosotros. (1:1-6)

Aunque los creyentes del Nuevo Testamento a veces lo pasan por alto, Zacarías es un libro maravilloso que no debemos ignorar. Su rico contenido exige un estudio cuidadoso, una meditación profunda y una proclamación valerosa. Al igual que un diamante intrincado, la gloria de su verdad brilla desde muchos ángulos. Los que ignoran la belleza y el poder de este gran tesoro de la teología veterotestamentaria se pierden de una gran bendición.

Al aproximarnos a esta profecía tan profunda, debemos resaltar varias facetas clave. Primero, es un libro que trata del Señor Jesucristo. Entre la mención del ángel de Jehová (cp. Zac. 1:11-12), el Mesías Sacerdote y Rey (3:3-4; 4:11-14; 6:12-13), el Rey ungido (6:9-15) y las profecías de cómo entraría a Jerusalén montado sobre un pollino (9:9), sería traicionado por treinta piezas de plata (11:12), sería traspasado por su pueblo (12:10), purificaría a Israel mediante su propia muerte y resurrección (13:1-2) y daría libertad a los suyos a su regreso (14:1-3), el Señor Jesús aparece prácticamente en todas las páginas del libro. Esta profecía, cuya revelación describe a Cristo desde antes de su primera venida hasta la segunda, es una de las exploraciones más extensas sobre las glorias del Mesías.

Segundo, el libro de Zacarías destaca un gran número de profecías escatológicas, además de predicciones sobre el regreso y el reinado del Mesías. Estas incluyen el surgimiento del anticristo (11:15-17); el martirio del pueblo de Dios en la gran tribulación (11:16-17; 13:17); la batalla de Armagedón (12:1-9; 14:1-3); el juicio de las naciones (12:1-9; 14:12-15); la salvación de Israel (12:10; 13:1-9), la salvación definitiva de las naciones (14:16); y las bendiciones que tendrán lugar durante el milenio (8:4). Además, el asombroso imaginario de Zacarías va desde

visiones de caballos (1:7-17) hasta un rollo que volaba (5:1-4), un candelabro con dos olivos a su lado (4:1-14) y una mujer sentada en un efa (5:5-11). Aunque estas promesas están veladas en un elemento de misterio, anticipan verdades proféticas que se encuentran en el Nuevo Testamento.

Tercero, en su revelación sobre el futuro, Zacarías es también un libro que trata del consuelo divino (1:13). Para demostrar su cuidado, el Señor asegura en repetidas ocasiones a su pueblo que un día restaurará a Israel (1:14; 2:11-13) y juzgará a las naciones (1:15; 9:1-8). Todo el contenido de Zacarías, incluyendo visiones, profecías, señales, visitantes celestiales, palabras directas de parte de Dios y el bosquejo de la historia de la redención, abarca desde la época de Zacarías hasta el reinado del Mesías sobre la tierra y está diseñado para garantizarle al pueblo de Dios que Jehová se acuerda. De hecho, el nombre “Zacarías” significa “Jehová se acuerda”. Este libro demuestra que Dios se acuerda de todas las promesas que hizo a Israel y también al mundo.

Cuarto, en conformidad con el tema del consuelo divino, el libro de Zacarías también enfatiza las condiciones requeridas para este. El prerequisite de Dios para recibir todas estas promesas es el arrepentimiento. El Señor no bendecirá a los desobedientes. Él se lo dejó claro a Israel desde el principio. En Deuteronomio, Dios dictó la condición para la bendición y afirmó por medio de Moisés: “Vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyes la voz de Jehová tu Dios” (Dt. 28:2). Moisés continuó así: “Pero acontecerá, si no oyes la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán” (28:15). El Señor dejó bien claro que Él bendice por completo solo a los obedientes. Él es un Dios justo, perfecto y santo que por necesidad castiga a los malvados y recompensa a los justos (cp. Ex. 20:5-6).

Cuando la nación de Israel se sumió en una historia de desobediencia, Dios envió a profeta tras profeta para instar al pueblo a arrepentirse. En Isaías 55:6-7, Isaías dijo al pueblo: “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”. Hay misericordia y perdón para aquel que se vuelve a Dios y se aparta del pecado. Las palabras de Jeremías 3:12-13 enfatizaban esta verdad: “Vuélvete, oh rebelde Israel, dice Jehová; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice Jehová, no guardaré para siempre el enojo. Reconoce, pues, tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado”. En Ezequiel 18:30-31, Ezequiel proclamó el mismo mensaje: “Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo”. Todos los llamados al arrepentimiento fueron recordatorios de la misericordia de Dios. Con tales amonestaciones y súplicas, los profetas le recordaron a la nación que, si se arrepentían, Dios los aceptaría de nuevo y los bendeciría, tal como lo prometió (Is. 55:1-4; Jer. 31; Ez. 36).

A pesar de la bendición prometida, Israel no hizo caso a los profetas. El informe de 2 Reyes 17:3-4 deja esto en claro:

Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de todos los videntes, diciendo: Volveos de vuestros malos caminos, y guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas las leyes que yo prescribí a vuestros padres, y que os he enviado por medio de mis siervos los profetas. Mas ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Jehová su Dios.

El precio de la impenitencia fue que Israel quedó exiliado a una tierra pagana. A pesar de esto, Dios no revocó su juramento ni cambió su promesa. Él nunca abandonó su fidelidad a su pueblo, sino que los llevó de vuelta a la tierra prometida (Esd. 1:1-2) y, en este libro, reafirmó su fidelidad para con su pueblo. Zacarías comienza con un mandato de parte de Dios: que su pueblo se arrepienta. Él será misericordioso, pero no puede comprometer su estándar de santidad.

Para la audiencia original de Zacarías, el mensaje del libro alentó su corazón con la esperanza de las buenas promesas de Dios. Sin embargo, también les recordó que el camino a las bendiciones divinas comienza en la puerta del arrepentimiento (cp. Lc. 24:47; Hch. 20:21; 26:20). El arrepentimiento genuino, que consiste en un cambio radical de corazón y de mente, es una dádiva de la misericordia y de la gracia de Dios (2 Ti. 2:25; cp. Ef. 2:8-10). Esto incluye un cambio inmediato en los afectos que hace que el corazón se aparte del pecado y de la idolatría y se vuelva hacia el Dios vivo y verdadero (1 Ts. 1:9). Los resultados de este cambio interno en el corazón son actitudes de adoración y actos de obediencia. Estos “frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8) constituyen la evidencia de que el arrepentimiento es genuino (cp. 2 Co. 7:10). El llamado al arrepentimiento busca que los pecadores se aparten de su idolatría e iniquidad y amen y adoren en cambio al Dios verdadero para andar en sus caminos. La respuesta correcta del pecador ante un llamado así es clamar por misericordia al Señor (Lc. 18:13-14) y pedirle el cambio de corazón que solo Él puede dar (2 Co. 5:17). El Señor se deleita en responder esta oración (cp. Lc. 15:7; Jn. 6:37) y en transformar a los pecadores desde adentro para que se conviertan en personas que lo adoran y lo obedecen de corazón (cp. Mr. 12:30-31).

El libro de Zacarías comienza con un llamado para que Israel se arrepienta y se vuelva al Señor. El pueblo no debe ser como sus antepasados, que endurecieron su corazón y se rebelaron contra Dios. En cambio, el Señor mismo llamó a su pueblo a volverse a Él en arrepentimiento para poder Él volverse a ellos en bendición (Zac. 1:1-3). No obstante, el Señor advirtió a los israelitas de las consecuencias de resistirse a su Palabra y de rebelarse contra Él (1:4-6). Si no se arrepentían, serían castigados, al igual que sus antepasados malvados.

EL LLAMADO AL ARREPENTIMIENTO

En el octavo mes del año segundo de Darío, vino palabra de Jehová al profeta Zacarías hijo de Berequías, hijo de Iddo, diciendo: Se enojó Jehová en gran manera contra vuestros padres. Diles, pues: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. (1:1-3)

A diferencia de otros libros proféticos, en los que el autor comienza haciendo notar la duración de su ministerio (Is. 1:1) o el año en que comenzó su obra (Jer. 1:1), Zacarías presenta su profecía con una fecha muy específica: **el octavo mes del año segundo de Darío**. Este importante detalle vincula la profecía de Zacarías con eventos en Israel que vinieron después del destierro en Babilonia y, en específico, coloca su ministerio junto con el del profeta Hageo.

Zacarías ministró a Israel poco después de que el pueblo regresara a la tierra de la cautividad en Babilonia. Al principio, el remanente mostró entusiasmo para repoblar Jerusalén y reedificar el templo. Durante los primeros siete meses, ellos construyeron el altar sagrado y comenzaron a restaurar los sacrificios prescritos, pues buscaban regresar a la adoración que Dios había mandado (Esd. 3). No mucho después del comienzo del segundo año, empezaron a reconstruir el templo mismo de cara a una dura oposición de parte de los pueblos vecinos. La mención del **segundo año de Darío** era un recordatorio de que Israel seguía bajo un gobierno pagano, sometido a la jurisdicción de Media y Persia y de su monarca, Darío el Grande. Sin un rey propio y ante un antagonismo creciente, los israelitas se atemorizaron y se desanimaron. Como resultado, abandonaron sus esfuerzos por terminar el templo.

Sin embargo, Dios exigía que su casa se reconstruyera, porque esta era esencial para su plan. Para Israel, el templo significaba que Dios habitaba con su pueblo y constituía el centro de la adoración, donde su pueblo proclamaba de forma colectiva sus alabanzas y ofrecía en obediencia sacrificios a Él. El templo también tenía un rol profético, pues ilustraba que, tal como Dios llenaba el templo en Jerusalén, así también llenaría un día la tierra con su gloria (1 R. 8:10; Is. 6:3). Más de quinientos años después, este templo reconstruido jugaría también un papel importante en el ministerio terrenal del Señor Jesús, ya que muchos de los eventos de su primer advenimiento tuvieron lugar dentro del edificio del templo (Mt. 21:14-15; Lc. 2:46; 22:53; Jn. 7:28; 8:2, 20). Como Dios había diseñado el templo para servir a sus propósitos en la historia de Israel, su mandato era reconstruirlo. Este llamado llegó primero por medio del profeta Hageo.

Hageo dio cuatro breves mensajes que desafiaron, exhortaron y alentaron al pueblo a poner por obra la voluntad de Dios. En ellos, les mostró la hipocresía que demostraron al edificar casas para sí antes de completar el templo (Hag. 1:4). Él también afirmó que Dios usaría su obediencia, aunque fuera pobre, para su gloria (2:1-9). Hageo quería que los israelitas supieran que sus actos de obediencia serían parte de un plan mucho más grande elaborado por Dios.

Él proclamó sus exhortaciones de ánimo en “el mes séptimo, a los veintiún días del mes” (2:1) para apuntar al pueblo a la majestuosa realidad final:

Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos (Hag. 2:6-9).

Así, Hageo reveló que, en última instancia, Dios haría una obra mundial, una obra cósmica, y que se edificaría un templo lleno de la gloria de Dios y mucho más grande que cualquier templo anterior. Hageo dejó en claro que el templo restaurado de su época era un paso hacia aquella gloria milenaria.

Seguramente, muchos anhelaron más detalles sobre su profecía, pero la predicción de Hageo fue breve. Aunque su mensaje marcó el primer paso en la obediencia de los israelitas, estos necesitaban que otro profeta los mantuviera en el camino. De manera que Dios levantó a Zacarías **en el octavo mes** y, en esencia, lo envió a dirigirse al pueblo una semana después de la profecía de Hageo. El mensaje de Zacarías llegó en el momento oportuno para explicar la revelación que Dios había dado por medio de Hageo. Con ese fin, **vino palabra de Jehová** a Zacarías. Un profeta verdadero hablaba solo lo que el Señor le revelaba (Dt. 18:20). Al igual que otros profetas que lo precedieron (Os. 1:1; Jl. 1:1; Jon. 1:1; Mi. 1:1; Sof. 1:1), Zacarías recibió el mandato de hablar las mismísimas palabras de Dios.

En lo teológico, debemos notar que la **palabra de Jehová** no se refiere meramente a un mensaje, sino también a un mensajero (cp. Gn. 15:1-6; Nm. 12:6-8; Jer. 1:4-10; Jn. 1:1-3; Col. 1:16-17; He. 1:1-2). A partir de la creación, la Palabra de Dios crea (Gn. 1:3), dirige la historia (1 R. 13:26; Sal. 33:6-12) y habla (Gn. 15:1, 4). Además, la realidad de que la Palabra sea enviada por Dios indica que esta Palabra no es el Padre, sino más bien la segunda Persona de la Trinidad, el Hijo (Sal. 147:18; Jn. 5:30; 6:38). Este libro conlleva autoridad divina porque se trata de una revelación sobre el Mesías que vino directamente del Mesías (cp. Sof. 3:5; 4:14; 6:9-15; 9:9; 11:12; 12:10; 14:1-5). Él es la Palabra de Dios que habla la Palabra de Dios (Jn. 1:1-3; Ap. 19:13).

El mensaje vino al **profeta Zacarías hijo de Berequías, hijo de Iddo**. Estos nombres nos ofrecen otro recordatorio del carácter de Dios y de los propósitos de esta profecía. **Berequías** significa “Jehová bendice” y anticipa un tema clave en este libro: la bendición definitiva de Dios para Israel en el futuro. **Iddo**, el nombre del abuelo de Zacarías, significa “en su tiempo”. Este nombre anticipa otro tema clave: Dios logrará sus propósitos conforme a su cronograma perfecto. El nombre **Zacarías** significa “Jehová se acuerda”, que resume a su vez todo el mensaje del libro. La misión de Zacarías como **profeta**, uno que proclama la Palabra de Dios, era declarar que el Señor se acuerda. Jehová moverá todas las cosas de manera que “la gloria postrera de esta casa será mayor que la primera [...] y dará paz en este lugar” (Hag. 2:9).

Aunque fue un mensaje de esperanza y de aliento, la profecía de Zacarías comenzó con un sobrio recordatorio para los israelitas, en especial dado su reciente regreso del destierro. Él afirmó: **Se enojó Jehová en gran manera contra vuestros padres**. La palabra **enojo** expresa la noción de una irritación extrema, de desdén y de desagrado vehemente, casi al punto del aborrecimiento y el odio. Aunque Dios es amor (cp. 1 Jn. 4:16), Él también es santo y se enfada contra el pecado, de manera que Hebreos 12:29 describe a Dios como “fuego consumidor”. El Señor está airado contra el impío todos los días (Sal. 7:11), incluyendo aquellos que lo abandonan (Esd. 8:22), que se alejan de la verdad (He. 10:26-27) o que conducen a otros hacia el engaño (Mt. 16:11-12; 2 P. 2; 1 Ts. 2:16). En su ira, Dios prometió maldecir a los idólatras y expulsarlos de la tierra de Israel (Dt. 29:27). En

Zacarías 1:2, el profeta usó la misma palabra para ira que se encuentra en Deuteronomio 29:27. Ambos pasajes enfatizaban que la razón para el destierro de Israel era la ira de Dios que se encendió contra la maldad del pueblo.

Aunque Jehová se enojó en gran manera **contra vuestros padres**, una referencia a las generaciones pasadas de israelitas antes del destierro, esto no tenía por qué ser así para el pueblo de la época de Zacarías. A diferencia de sus antepasados, ellos podían experimentar la bendición de Dios y no su juicio. Poco tiempo antes, el profeta Hageo había revelado que Dios estaba con su pueblo (Hag. 1:13). De hecho, el Señor había estado trabajando todo el tiempo para mover el corazón de los gobernantes de Media y Persia para que permitieran a Israel regresar a su hogar (Esd. 1:1). Por lo tanto, en esta afirmación de la ira de Dios contra las generaciones pasadas, Zacarías estaba ofreciendo también esperanza para el pueblo de su época.

Así **pues**, a la luz de esto, Zacarías recibió la instrucción: **Diles** lo que Dios espera de su pueblo para que este pueda disfrutar de su bendición, en lugar de sufrir su desagrado, como sucedió con las generaciones anteriores. El llamado del Señor al arrepentimiento y a volverse a Él fue claro: **Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos a mí**. El que hablaba era **Jehová de los ejércitos**, un título que se usa tres veces en este versículo. La repetición enfatizaba que este mandato estaba respaldado por la autoridad soberana y la majestad suprema del Rey del universo, quien gobierna sobre todos los ejércitos de los cielos. El imperativo **volveos** resaltaba el corazón arrepentido. Arrepentirse significa volverse, dar la espalda al pecado y regresar al Señor. Como lo hicimos notar antes, el arrepentimiento que Dios exige no es un mero cambio externo de comportamiento, sino más bien un cambio interno de corazón. Israel no debía regresar solamente a un cierto estilo de vida, sino **a mí**, es decir, al mismo Jehová. Los que regresaran al Señor en amor (Dt. 6:4-5) demostrarían esta realidad por medio de su adoración y obediencia. Este era el tipo de arrepentimiento que el Señor bendeciría.

Este llamado al arrepentimiento fue evidencia de la bondad de Jehová y de que Él se acuerda de su pueblo, lo que indica su anhelo misericordioso por salvarlos y bendecirlos. A lo largo de las Escrituras, Dios prometió que llegaría un día cuando su pueblo se arrepentiría gracias a su obra de transformación dentro del corazón de ellos (cp. Dt. 30:1-6; 1 R. 8:48-50; Ez. 36:26-31). Los profetas consideraban que el arrepentimiento de Israel era un evento que Dios usaría para cambiar su humillación en exaltación (Dt. 30:1-10; Jl. 2:12-32). En todo momento, el arrepentimiento funciona como el punto de partida para la bendición. Al hacer este mandato, Dios demostró que no se había olvidado de su pueblo ni tampoco de las promesas que les había hecho. La condenación divina no sería el final de la historia para la nación de Israel. Dios prometió gracia y esperanza para el penitente.

En consecuencia, el Señor garantizó a su pueblo que, si ellos se volvían a Él, **yo me volveré a vosotros**, es decir, a su pueblo Israel. La repetición de la palabra “volverse” vincula fuertemente el arrepentimiento de Israel con la restauración de la nación por parte de Dios. No puede suceder una sin la otra. El cambio de Dios, de la ira a la bendición, sería igual de espectacular que el cambio de Israel del pecado a Dios. Al volverse al Señor en amor y andar en obediencia a Él, la relación de Israel con Dios se restauraría y el pueblo experimentaría su bondad.

La promesa del Señor de volverse a su pueblo tenía implicaciones evidentes para la audiencia original de Zacarías, pues los movía a volverse a Él en expectativa y obediencia y a descansar en la garantía de su presencia con ellos y de sus abundantes bendiciones. No obstante, el cumplimiento pleno de esta promesa divina sigue en el futuro. La promesa de Jehová de volverse a ellos anticipa su regreso definitivo y glorioso al templo definitivo al final de los tiempos. El profeta Hageo ya lo había predicho:

Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos (Hag. 2:6-9).

Ningún pasaje de las Escrituras nos indica que la gloria de Dios regresara jamás al templo de Zorobabel de la manera en que el primer templo fue lleno de la gloria *shekinah* (cp. 1 R. 8:10, 11; 2 Cr. 5:13, 14). Esta gloria tampoco puede referirse a la presencia física de Jesucristo en el templo de Herodes porque los demás eventos que menciona Hageo 2:6-9 no han sucedido aún. Hageo habló de cómo Dios haría temblar a las naciones, instituiría la paz mundial y llenaría a Jerusalén de plata y de oro. Nada de eso sucedió durante el primer advenimiento de Cristo. La promesa del glorioso regreso de Jehová a su templo, predicha por Hageo y por Zacarías, no tiene aún un cumplimiento histórico. Todavía queda por suceder en el futuro, como lo predijo el profeta Ezequiel (Ez. 43:5). Llegará el día cuando Israel se vuelva al Señor (Ro. 11:26) y el Señor se volverá a su pueblo y morará con ellos de forma plena, íntima y majestuosa (Is. 4:2-6; 6:1-3; Ez. 40-48). La afirmación de esto por parte de **Jehová de los ejércitos** refuerza su certeza, ya que Él posee toda autoridad y poder para cumplir su plan tal como lo prometió.

En esta oscura época para la nación, los primeros versículos de Zacarías le recordaban al pueblo que Jehová no los había abandonado. El Señor llamó a Israel a arrepentirse y a volverse a Él. Este mensaje aparece al inicio del libro porque presenta lo que el pueblo de Dios necesitaba saber como punto de referencia para toda la profecía. A medida que el profeta exponía las maravillosas bendiciones de gracia que Dios tiene reservadas para Israel, tanto en lo histórico como en lo escatológico, ellos necesitaban saber cuál era la forma adecuada de responder. El Señor reveló la respuesta desde el principio del libro: Israel necesitaba arrepentirse y volverse a Él.

LAS CONSECUENCIAS DE LA REBELIÓN

No seáis como vuestros padres, a los cuales clamaron los primeros profetas, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos ahora de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras; y no atendieron, ni me escucharon, dice Jehová. Vuestros padres, ¿dónde están?; y los profetas, ¿han de vivir para siempre? Pero mis palabras y mis ordenanzas que mandé a mis siervos los profetas,

¿no alcanzaron a vuestros padres? Por eso volvieron ellos y dijeron: Como Jehová de los ejércitos pensó tratarnos conforme a nuestros caminos, y conforme a nuestras obras, así lo hizo con nosotros. (1:4-6)

Para continuar su exhortación al arrepentimiento, Dios les informó en qué consistía y en qué no consistía. Jehová les advirtió: **No seáis como vuestros padres**. Los **padres** representaban las generaciones pasadas que cayeron bajo el enojo de Dios (cp. Zac. 1:2). Zacarías señaló que la generación presente estaba en peligro, de forma paralela a la de sus padres, en el sentido de que **los primeros profetas** (es decir, todos los profetas que llegaron antes del destierro, incluyendo a Isaías, Jeremías, Oseas, Joel, Amós, Miqueas, Habacuc y Sofonías) también **clamaron** a las generaciones previas de israelitas. Estos profetas habían sido fieles en exhortar a las generaciones pasadas con alguna forma de esta advertencia divina: **Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos ahora de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras** (cp. 1:3) Mientras que Zacarías exhortó a Israel a volverse a Dios, los primeros profetas los exhortaron a que se volvieran **de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras**. Volverse a Dios y volverse del mal son dos lados de la misma moneda del arrepentimiento. La condenación de los antepasados de Israel, tanto por su conducta general (**vuestros malos caminos**) como por sus actos específicos (**vuestras malas obras**) nos ofrece un recordatorio importante: el verdadero arrepentimiento es riguroso. Caracteriza todo el estilo de vida de una persona y hace también morir pecados específicos (cp. Ro. 8:13). Ambos son componentes de un arrepentimiento genuino que honra a Dios.

Las generaciones pasadas habían recibido la misma verdad en la advertencia de Dios. El problema de esas generaciones anteriores fue su respuesta: **no atendieron**. Atender se refiere a escuchar con disposición a responder, ya sea al aceptar una petición (Gn. 17:20) o al obedecer un mandamiento (Éx. 24:7). Los antepasados de Israel no obedecieron el llamado de Dios a arrepentirse. Jehová también afirmó que sus antepasados **no me escucharon**; esto demuestra que ni siquiera prestaron atención al mensaje de los profetas. Zacarías advirtió a sus lectores que no debían ser como las generaciones necias y testarudas que les habían precedido. Su respuesta tenía que ser diferente a la de ellos.

El Señor le recordó a Israel todo el peso y la urgencia de la respuesta de ellos. Ya que los pecadores tienden a vivir en negación y a ignorar las advertencias de Dios como si fueran artefactos sin sentido de la historia de la antigüedad, el Señor demostró, por medio de la historia, que las consecuencias de la desobediencia a su Palabra son serias, reales e inevitables. Para dejarlo en claro, el Señor señaló de nuevo el pasado de Israel y preguntó: **Vuestros padres, ¿dónde están?** La respuesta era evidente, en especial para quienes acababan de regresar del cautiverio en Babilonia. Los israelitas entendían las consecuencias históricas de la maldad de su pueblo. Ellos sabían que sus padres habían sido aniquilados por los ejércitos de Nabucodonosor o bien llevados al destierro por la fuerza. Esdras 9:7 documenta lo siguiente: “Desde los días de nuestros padres hasta este día hemos vivido en gran pecado; y por nuestras iniquidades nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes hemos sido entregados en manos de los reyes de las tierras, a espada, a cautiverio, a robo, y a vergüenza que cubre nuestro rostro, como hoy día”. El pueblo de

Israel sabía bien que las generaciones pasadas habían sido asesinadas en juicio (2 Cr. 29:8). Zacarías le recordó a su audiencia que, si no estaban dispuestos a arrepentirse y a volverse al Señor, no les iría mejor que a los antepasados infieles. Si no respondían con penitencia, también enfrentarían el juicio de Dios.

Dios prosiguió con esta pregunta: **Y los profetas, ¿han de vivir para siempre?** A diferencia de los padres de Israel, los profetas eran siervos de Dios y tenían una relación correcta con Él. El punto de esta pregunta retórica no es enfatizar el juicio de Dios, sino más bien demostrar la fragilidad humana, así como la autoridad absoluta de la Palabra de Dios. Aunque los profetas fueron fieles en entregar el mensaje de Dios, como pecadores también envejecieron y murieron físicamente (Ez. 18:20). Ellos no **han de vivir para siempre** en este mundo. Si hasta los siervos de Dios mueren, entonces de seguro nadie puede vencer el efecto de la revelación divina. Nadie está por encima de la Palabra de Dios, ni siquiera los profetas que la proclamaron. Moisés constituye un ejemplo evidente de esto. Aunque Dios lo usó para recibir los primeros cinco libros de la Biblia, cuando pecó, Dios lo castigó sin mostrarle parcialidad (cp. Nm. 20:9-13, 24; 27:13; Dt. 1:37; 3:26-27). Como nadie puede resistirse a la Palabra de Dios, sus advertencias son verdaderas e inevitables. Israel debía tomarlas en serio.

En contraste (**pero**) con el estado caído y frágil del hombre, Dios recordó a su pueblo la naturaleza de su Palabra. El enunciado **mis palabras y mis ordenanzas que mandé a mis siervos los profetas** describe la autoridad de las Escrituras. La frase **mis palabras** enfatiza que Dios es el autor y la autoridad de las Escrituras (cp. Sal. 147:19; Zac. 1:1; 2 Ti. 3:16). El significado de **mis ordenanzas** conlleva la noción de un límite, ya que la ley de Dios traza la línea entre el bien y el mal y define el estándar mismo ante el cual Dios responsabiliza al hombre. La Palabra de Dios no solo es divina, sino también definitiva; para demostrar cuán soberana es, Zacarías le recuerda el pueblo que la Palabra de Dios es aquello **que mandé** proclamar **a mis siervos los profetas**. Nadie tiene ventaja alguna sobre la Palabra de Dios, ni siquiera **los profetas** que la anunciaron. Ya que viene con el poder y la prerrogativa de su Autor divino, las Escrituras lo dominan todo.

Dada la autoridad absoluta de las Escrituras, no es de sorprender que sus advertencias **alcanzaron a vuestros padres**. En esencia, la frase describe a una persona que es alcanzada desde atrás (Gn. 31:25; Dt. 28:45; Jos. 2:5; 1 S. 30:8). En primera instancia, los pecadores podrían asumir que las consecuencias descritas en la Palabra de Dios están muy por detrás de ellos y que nunca los alcanzarán. Sin embargo, la Palabra siempre se cumple y resulta triunfante. El juicio sobre los **padres** de Israel nos ofrece una prueba histórica de esto. El destierro en Babilonia constituye una evidencia irrefutable de que el juicio de Dios caerá de hecho sobre los pecadores, tal como Él lo ha declarado en su Palabra. La ira divina alcanzó a los israelitas pecadores e impenitentes y terminará por alcanzar a todo pecador (cp. Lm. 2:17; Esd. 7:26). Moisés lo advirtió así: “Sabed que vuestro pecado os alcanzará” (Nm. 32:23).

Todo superviviente de este juicio histórico habría reconocido esta verdad. El versículo 6 lo explica de esta manera: **Por eso volvieron ellos y dijeron: Como Jehová de los ejércitos pensó tratarnos conforme a nuestros caminos, y conforme a nuestras obras, así lo hizo con nosotros**. El remanente confesó la sobe-

ranía de Dios al referirse a **Jehová de los ejércitos**, cuyo poder y recursos son ilimitados. La palabra **pensó** denota el plan premeditado del decreto de Dios que no puede cambiar y que siempre se cumple (Jer. 4:28; 51:12; Lm. 2:17). En específico, los supervivientes reconocieron que, exactamente como Jehová había ordenado de antemano y determinado **tratarnos, así lo hizo con nosotros**. La simetría de la redacción demuestra que Dios ejecutó precisamente lo que Él había pensado hacer. Además, el juicio de Dios fue perfectamente apropiado, pues fue **conforme a nuestros caminos, y conforme a nuestras obras**. Esta admisión demuestra que el castigo de Dios no solo fue justo, sino también exacto. Cumplió precisamente lo que los profetas anteriores habían predicho que sucedería si el pueblo se negaba a volverse de sus malos **caminos y obras** (Zac. 1:4). Ningún israelita podía decir que no se lo habían advertido.

Es necesario hacer una última observación respecto al versículo 6. Los supervivientes del destierro **volvieron y dijeron**. Algunas traducciones interpretan esta frase de la siguiente manera: “se arrepintieron y dijeron”. No obstante, el significado de la palabra en hebreo en este contexto es “volvieron” y esta es la misma palabra que aparece en los versículos iniciales del pasaje que llaman a Israel a volverse a Dios tal como Él se volverá a ellos (cp. 1:3, 4). En el uso de la palabra **volvieron** aquí, Zacarías continúa el juego de palabras que ha estado llevando a cabo en toda esta sección. El profeta estaba llamando a todos los que habían vuelto de la tierra de Babilonia a volverse también a Dios. El regreso físico de Israel a la tierra debía incluir su regreso espiritual al amor y a la obediencia al Señor de manera que Él pudiera regresar a ellos. Sin embargo, en todo esto, el juego de palabras llevaba también consigo una advertencia. Si no se volvían al Señor en arrepentimiento, solo podrían **volver** a su tierra en vergüenza, como meros supervivientes que lamentarían la realidad de que Dios los había juzgado tal como lo hizo con sus padres. Como la Palabra de Dios siempre es efectiva, el llamado al arrepentimiento es un llamado o bien a la bendición o al juicio. Los que se aparten del pecado y se vuelven a Dios para aceptarlo en fe y en amor experimentarán su bendición. Sin embargo, los que rechacen su invitación y anden en rebelión contra Él inevitablemente enfrentarán su enojo y su juicio.